

## EL SUEÑO DE EPIMENIDES

Escribe: ADOLFO SALVI

Desde la incaica e imperial ciudad de El Cuzco expide Bolívar, con fecha 10 de julio de 1825, una conmovedora carta dirigida a su tío y padrino Esteban Palacios, a quien el turbión de la guerra había sepultado en la sima en que se vieron hundidos millares de desventurados caraqueños. El Libertador lo consideraba desaparecido, refugiado en algún ignorado lugar de nuestro ensangrentado país o caído en el definitivo reposo que quizás le ofreciera, como a muchos otros venezolanos, algunos de nuestros vecinos territoriales antillanos.

“...Usted ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la guerra cruel, de los hombres feroces. Usted se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fue...”.

Catorce años, catorce cruentos años habían transcurrido desde la declaratoria de Independencia a la fecha en que el Libertador firmaba aquella conmovedora epístola. Catorce años que fueron como larga pesadilla, en la que un país en formación cambia todos sus recursos en livianas pavesas, que le condujeron a contemplar el fruto de su industrioso empeño convertido en cenizas, ruinas y sangre, que fueron a modo de gigantesco holocausto rendido a la divinidad llamada Libertad. Bolívar fue el titán de aquella lucha; fue la voluntad indomable; fue el espíritu inextinguible del republicanismo y el renovado aliento que sopló sobre los tremendos episodios bélicos, que todo lo abatieron, que todo lo transformaron en polvo, que todo lo trocaron en escombros.

La hoz sanguinaria de la guerra se convirtió en constante e indetenible acción, que caía con implacables golpes, una y mil veces más, sobre el dolorido cuerpo de Venezuela para incitar de un extremo a otro de su territorio torrentes de sangre, en forma tan caudalosa y tenaz que en posteriores años hicieron exclamar a Juan Vicente González, que aquel riego feral alcanzó tan elevadas proporciones que los frutos que de la tierra se arrancaban ofrecieron por mucho tiempo el ingrato sabor que la linfa humana engendra en los sensibles paladares.

Es bueno recordar que en fecha no muy distante de la declaratoria de Independencia, Venezuela contaba con una población cercana al millón de

habitantes, que en nuestra intención de ser lo más exactos posible nos conduce a recordar las cifras que al respecto señalara Dauxión-Lavaysse, las cuales le asignaban 975.972 habitantes para el año de 1807, que comparadas con las arrojadas por el censo elaborado en 1825, determinan una adversa diferencia que llegó a elevarse hasta los trescientos diez y seis mil cuatrocientos treinta y nueve pobladores, víctimas que formaron la inmensa cuota de contribución humana ofrecida por nuestro país al logro de la Independencia, no solo propia sino también de los pueblos vecinos, constituídos en Repúblicas después de duro combatir y de mucho sacrificar.

Desaparecidos o extinguidos en los largos y azarosos caminos del exilio quedaron millaradas de compatriotas, quienes además de regar con sangre generosa el suelo de ocho países, ya que hasta a las pampas argentinas fueron a combatir desgarrados contingentes militares venezolanos, hicieron esporas, empujados por la gravedad de los acontecimientos, a otros territorios americanos, especialmente a cuantos forman el collar de las cercanas naciones antillanas.

Los risueños campos aragüeños, que constituyeran plácida revelación a los ojos de Humboldt, quien los consideró equiparables a los más hermosos de Europa, y que antes de la guerra representaban opípara despensa por la diversidad de sus cultivos, entre los que figuraban la caña de azúcar, el café, el cacao, el añil, el algodón y —aún cuando parezca extraño al venezolano de hoy— el trigo, cuyas siembras comenzaban en la misma linde urbana de Caracas para extenderse a uno y otro lado del viejo camino español, que por largos años fue ruta obligada de viajeros, y ancho cauce para el movimiento comercial, mantenido sobre la base de productos agrarios. “Cerca de San Mateo vimos los últimos trigales y los últimos molinos de ruedas hidráulicas horizontales”, dice el ilustre científico germano, quien en líneas anteriores asentara, subyugado por la belleza del paisaje: “San Mateo, Turmero y Maracay son pueblos encantadores, en los que todo manifiesta la mayor comodidad. Créese uno transportado a la porción más industrial de Cataluña”.

Y más al fondo de la tierra, tendiendo el rumbo hacia el Orinoco para penetrar rectamente en el Sur y caer en las grandes llanuras, en las planicies de la heroicidad fabulosa, por donde discurren los robustos caudales fluviales que forman escalera a una y otra margen del río padre, millares de cabezas vacunas confundíanse en rebaños, manchando el verde paisaje con movibles paletadas que eran a manera de permanente juego de colores en los anchos y bien dotados lomos. El relincho de los hatos innumerables expresábase como anticipo de bélico clarín que rasgaba el aire mañanero, estremeciendo la pradera al sembrarle alientos de marcialidad.

Todo el fruto obtenido tras largos años de esfuerzos por miles de voluntades industriales desapareció bajo el caliente soplo de la contienda independentista. Todas las riquezas alcanzadas durante tres siglos de duro batallar contra la primitiva naturaleza fueron consumidas por la incontenible llamarada de la guerra. Las ciudades, las villas, las aldeas, los pueblos recostados en su feliz sueño eglógico, se vieron postrados por la muerte, por el incendio y por el crimen. Las gentes vagaban como fantasmas, y de familias antes venturosas y bien dotadas de pujanza económica apenas

quedaban melancólica memoria. La fatalidad había transitado innumera-blemente los caminos de Venezuela y la desolación enseñoreándose sobre toda su extensión territorial. Era ruina cuanto la vista abarcaba y todo había adquirido carácter de cobertura funeraria. Boves, seguido por un ejército de lanceros, venezolanos en su casi totalidad, escribía su nombre con sangre "en las ciudades y en los campos de la desolada Venezuela", que se encontraba convertida en una inmensa y dolorosa sombra, en un alarido de dolor, en un trémulo hipiar de duelo y orfandad. Trescientos mil de sus hijos habían sido sepultados por la infatigable segur. de la contienda. La sangre y las lágrimas brotaron incontenibles para humedecer los pliegues de su antigua veste matronal, transformada en harapos. Cuán inmenso sacrificio había realizado y qué extraordinaria contribución emanado de un pueblo para lograr la libertad de medio Continente.

I a Caracas, la amada ciudad del Libertador, que suerte le había tocado en aquella tempestuosa contienda? El tremendo sismo del veintiseis de marzo y los espantosos acontecimientos bélicos la convirtieron en escombros. Sus templos, sus mansiones, sus conventos eran apenas sombras de su inmenso pasado. Sus casas de socorro, sus hospitales, sus cuarteles quedaron borrados de la superficie terrestre. La vida plácida que fuera disfrute de una culta ciudad, en la que esplendían la gracia femenina y la gallardía de los hombres, era apenas un recuerdo, substituída por el desasosiego permanente, por la zozobra que la guerra engendrara y por la sangrienta amenaza de los agentes peninsulares que sembraban la muerte a puñados entre una colectividad aterrorizada por los más escalofriantes escarmientos. Pascual Martínez, unido a Chepito González, se convierte en azote: Rosete, ébrio de incontenibles cóleras, el crimen hecho hombre, merodea, al igual que famélica fiera, por sus alrededores; Salvador Moxó, ciego en su ira sanguinaria, ordena feroces ejecuciones; y el más malvado de todos, Juan Nepomuceno Quero, réprobo por traidor al pueblo nativo, se empeña en parangonarse a los más implacables persecutores de los patriotas. Todo es duelo, muerte y lágrimas. Todo cuanto quedaba poseía relieves de tremenda e inacabable pesadilla. Todo era distinto a cuanto existiera veinte años atrás. Nada de lo que subsistía podía ser reconocido por la memoria de don Esteban Palacios, tío y padrino del Libertador, ante quien se revelaba como una nueva encarnación del filósofo de Gnosó, desconcertado, triste y agónico.

"Usted habrá sentido el sueño de Epiménides", dícele Bolívar desde la remota ciudad cuzqueña, con palabra desolada, con verbo angustioso, con aleteante sentimiento de dolor, para caer, seguidamente, en el recuerdo de los familiares y deudos desaparecidos: "Usted dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria...", frases en las que se descubre con facilidad una sombra de duelo, una acerba amargura, una honda pesadumbre que sacuden el corazón del Héroe al evocar el pasado y repasar con la memoria, hechos y acontecimientos que fueron expresión de incomparables sacrificios. Bolívar había contemplado los esfuerzos de un pueblo consumido en holocausto tras la conquista de su libertad. La ruptura de la coyunda colonial, la liberación del extraño dominio a que se encontraban sujetas, impulsaron a las gentes de Venezuela a cumplir inauditas tareas y apelar a la renunciación de los bienes logrados durante

tres centurias de penalidades; durante trescientos años de pugnacidad constante contra el medio físico, contra el primitivo poblador, contra las agresiones procedentes de exterráneos suelos.

“Usted lo encuentra todo en escombros... todo en memorias...”. Venezuela, ciertamente, se mostraba convertida en un inmenso campo de desolación. Era un mundo revuelto y apesadumbrado, donde los hombres vagaban empujados por la acción de una guerra feroz, que había consumido esfuerzos y sepultado vidas, convirtiendo en cenizas la acción creadora que supieron concatenar sucesivas generaciones. Bolívar retornaba a su existencia humana, descendiendo desde su posición de Estadista, de Prócer y de Héroe. Se despejaba de su condición de Padre de Naciones para regresar a su pasado familiar y mantener diálogo ingenuo y conmovedor con su tío Esteban, en una charla que asumía caracteres de evocación, mediante la cual quedaba rehecho el pasado vivido en la dulce Caracas dieciochesca, la misma que llevaba aposentada en su corazón, con el fervor amoroso que se transformaba en resumen de todas sus pasiones. El Héroe lloraba a la distancia sobre las ruinas de la ciudad amada.

“¿Dónde está Caracas? Se preguntará usted. Caracas no existe, pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo han quedado resplandecientes de libertad y están cubiertos de la gloria del martirio...”. Bolívar contenía su dolor. Atenuaba su quejumbre. Enjugaba sus lágrimas. Consolábase pensando que Caracas se había sacrificado para alcanzar la propia libertad y para llevarle tal tributo a los pueblos hermanos, misión de la cual fuera intérprete, heraldo y brazo pugnaz y victorioso.

Caracas se hallaba convertida en polvo de ruinas, en pirámides de escombros, regados por el llanto de los que quedaron en orfandad, santificados al mismo tiempo por la sangre de quienes perecieron en la larga contienda. Sus antiguos muros aparecían envueltos bajo el trágico cendal de las humeantes cenizas que guardaban el rescoldo generado por el incendio que fuera sople satánico y vaho de crucifixión y muerte. Caracas había sido hoguera de holocausto y pira de sacrificios; llamarada inmensa, volcán de ideales y eje de luchas que no pudieron vencer la acción de la naturaleza ni la contumacia de los hombres. Caracas era apenas un nombre; un suelo desolado que había alcanzado categoría de símbolo. Bolívar lo sugiere a su tío y padrino, con palabras que el dolor hace trémulas y a las que la desventura comunica el amargo sabor que se desprende de las lágrimas. La ciudad amada había perecido bajo el sople tenebroso de la guerra y ningún testimonio de su brillante existencia pasada perduraba. Sus hijos vagaban en un mundo de desconcierto y duelo. El mito de Epiménides se repetía, rehecho por la mano feral de los acontecimientos y exhumado por la clava del tiempo.